



## Emilio Carrere (1881-1947)

---

Influenciado por el romanticismo de Espronceda, Heine o Bécquer, Emilio Carrere publicó en 1902 un primer libro, todavía juvenil (en palabras del propio autor) que llevó por título un explícito *Románticas*. Ya en este primer poemario, lo medieval aparece encarnado en la figura del Cid y el siempre presente Romancero, que hilvanan una composición con perpetuas referencias a un pasado de corte romántico, pero ya salpicado por elementos modernistas tomados de su maestro Rubén Darío. Con *El caballero de la muerte*, en 1909, Carrere se afianzó finalmente en una estética modernista de detalles parnasianos que ya habían sido trabajados por Manuel Machado. El poema homónimo, a pesar de no referenciar directamente ningún elemento del medieval, sí se deja embriagar por un imaginario medievalizante (el caballero, la dama que lo espera, etc.), muy propio de la poesía romántica y modernista (como elemento de evasión exótica), que el escritor tan bien había asimilado gracias a las numerosas lecturas de sus contemporáneos, como demuestra la coordinación de la antología *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas* (1906). Es, sin embargo, *Dietario sentimental* (1916) el libro en el que más elementos medievales encontramos. Los poemas «Castillos en España» y «El viejo caballo», sobrevuelan la árida tierra castellana del Cid, Doña Jimena y Babieca. Traslada el foco hacia Francia, por su parte, «Viejo París», en cuyos versos aparecen el poeta François Villon (1431-1463) y el rey Luis XI (1423-1483), justo antes de un giro, de nuevo, hacia el Romanticismo, representado por la figura de Claudio Frollo, personaje de una de las más relevantes obras en francés del siglo XIX: *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo. Las composiciones de *Nocturno de otoño* (1920) deambulan, como lo hicieran tantos otros poemas modernistas, por sendas orientalistas, introduciendo, así, elementos del mundo árabe en poemas como «La morisca de Valencia» o «Zahara».

### Salutación triunfal

I

Salud, preclaros varones, que ha elegido la fortuna  
para añadir nuevos timbres a los laureles hispanos,  
que hoy retornáis vencedores de la muerte de los odios de la feroz media  
[luna  
como en un viejo romance de moros y de cristianos.

¡Salud al noble soldado, salud al fuerte guerrero!  
En el triunfo de las trompas y los tambores, oíd  
cómo riman vuestras almas al compás del Romancero,  
y se cubre de una flora nueva el sepulcro del Cid.<sup>101</sup>

¡Salud a los que pusieron el prestigio de los patrios pabellones  
sobre la tierra africana, que abrasa el odio ancestral!  
¡Salud, preclaras banderas de las brillantes legiones  
que conocen de la gloria el áureo beso inmortal!

¡Oh amor de la gloria!, musa del mármol y del cincel,  
tu amor en el corazón es alado, dulce y fuerte.  
¡Oh el ensueño de la gloria, y el siempre verde laurel,  
tus clarines son los únicos vencedores de la muerte!

II

¡Fuerzas brazos, pechos nobles, arrancados a las humildes tareas  
de la vida de las fábricas, del eglógico vivir de las aldeas,  
que de súbito supieron del horror y la tragedia, y allí mismo  
cabalgaron el divino pegaso del heroísmo!

Porque en su sangre tenían la semilla de cien sangres victoriosas  
y en el alma, como un astro, la leyenda milagrosa de la casta,  
y sabían de aquel tiempo de las espadas gloriosas  
que decían en su puño: Soy de un español... y basta.

Sabían que eran los nietos de aquellos conquistadores  
que al escudo del solar dieron un rico florón,  
a los que echaban, las bellas, flores de sus miradores,  
y que aún alma todo ensueño unían la bizzaría de sus garras de león.

¡Alma hispana! Toda ardiente de visionarios anhelos,  
que entrelazas el ensueño y el heroísmo en tu mote.  
¡Salud, guerreros de ahora, que saben que sus abuelos  
son el Cid y Don Quijote!

101. Quizás, Carrere se inspira en este verso de la famosa frase de Joaquín Costa «doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar», de su libro *Reconstitución y europeización de España*, de 1900.

III

¡Oh la carne del pueblo pródiga, que se ha vertido en carmines  
de heroísmo! ¡Bien mereces del romance y los clarines!  
Aun olfatean los pájaros de la muerte tu semilla  
en el trágico dolor de los campos de Melilla.

¡Salud a los que regresan vencedores a la nativa heredad,  
que han hecho la santa ofrenda de su carne y su dolor;  
en el hogar, al retorno, habrá una gran claridad,  
y los labios de la amante se les brindan todos rojos, como una brasa de  
[amor.

¡Llegan ungidos, cubiertos por los laureles triunfales,  
como adalides de Gesta, bienquistos de la victoria!  
¡Salud, insignes banderas de los fastos inmortales,  
que sois las páginas vivas, oro y sangre, de la Historia!

¡Salve, guerreros de ahora, que ha elegido la fortuna  
para añadir nuevos timbres a los laureles hispanos,  
que hoy retornáis vencedores de la muerte, de los odios de la feroz media  
[luna,  
como en un viejo romance de moros y de cristianos!

(*Románticas y otros poemas*, 1902, pp. 113-117)

### El caballero de la muerte

Eso que estás esperando  
día y noche y nunca viene,  
eso que siempre te falta  
mientras vives, es la muerte.

AUGUSTO FERRÁN

I

Apoyada en el vitral;  
Margarita, la cuitada,  
pesares de enamorada  
canta con voz de cristal.  
Y su voz dice la pena  
que amarga sus verdes años,  
«Tiene los ojos castaños

y dorada la melena.  
Suya es esa voz que suena  
llorosa, en la lejanía».

Nada se oía.  
Solo la fuente riente  
decía su serenata.  
Solo la risa de plata  
de la fuente.

II

La niña en su triste suerte  
recuerda la despedida.  
«Te amaré toda la vida...  
¡y hasta después de la muerte!  
Ven, caballero Ideal;  
ven, romero del Amor,  
ven a curar mi dolor  
con tu mejor madrigal.  
Suya es la voz de cristal  
que suena en la lejanía.»

Nada se oía.  
Solo en el clave cercano  
una nota perdida...  
Solo el alma dolorida  
del piano.

III

La niña, al amor rendida,  
sigue sus sueños urdiendo,  
sigue tejiendo, tejiendo...  
y lo que teje es su vida.  
«¡Ya viene mi bien amado  
con su melena de oro;  
ya escucho el paso sonoro  
de su caballo nevado!».  
Su corazón la ha burlado.  
Nada, allá, en la lejanía  
se veía.

La Luna fingía una

quimera, en el bosque umbroso.  
Solo el rostro milagroso  
de la Luna.

#### IV

«Ya estoy aquí, Margarita»,  
— dijo el pálido enlutado —  
«Yo soy el enamorado  
que nunca falta a la cita».  
Ya sus mejillas ajadas  
tienen tonos sepulcrales,  
y su manos ideales  
están mustias y cruzadas.  
Suenan lentas campanadas  
que lloran en lejanía  
una elegía.  
No vino el blondo romero  
de amor, a endulzar su suerte.  
Solo llegó el Caballero  
de la Muerte.

*(El caballero de la muerte, 1909, pp. 13-16)*

### Viejo París

Callejas de París del tiempo de la Corte  
de los milagros, cuando paseaba Villón<sup>102</sup>  
su tabardo raído y glorioso y su porte  
altivo y pintoresco de emperador hampón.

El poeta Villón cantó al viejo París  
y desgranó el collar de sus sueños rimados  
en las fiestas galantes del oncenno Rey Luis<sup>103</sup>,  
de noche, en el siniestro jardín de los ahorcados.

102. François Villon (1431-1463): poeta francés. Buena parte de su poesía invirtió los valores del ideal cortés y estaba salpicada por personajes marginales de la sociedad francesa del momento. Fue muy popular durante el Romanticismo francés y, también, para poetas como Baudelaire.

103. Rey de Francia (1461-1483). Cuando Villon fue encarcelado y condenado a muerte, pudo ser liberado gracias a la visita y el beneplácito de Luis XI.

¡Oh, bardo vagabundo que escribió madrigales  
a las tristes rameras y *Autos Sacramentales*  
en loor de los obispos por un montón de cobre!

¡Oh, dolor del talento; en el arroyo una  
noche, como un mendigo, se murió solo y pobre  
cuando le estaba haciendo un rondel a la Luna!

Se llamaba Esmeralda<sup>104</sup> la gitana ambarina  
y era grácil danzando, como una flor de lis;  
Claudio Frollo<sup>105</sup> miraba su danza serpentina  
en el atrio de Nuestra Señora de París.

Y el clérigo filósofo sintió la mordedura  
del Demonio, en la arcilla de su carne sensual;  
por unos senos blancos olvidó su cordura  
y se hundió en el abismo del pecado mortal.

En la calma alfa noche y al resplandor lunario  
se asoma su perfil al viejo campanario,  
fantasmas de una historia de dolor y placer.

Amor de Claudio-Frollo, amor que era alegría  
del Infierno. ¡Oh tristeza de la filosofía  
ante la gracia eterna de un cuerpo de mujer!

(*Dietario sentimental*, 1916, pp. 77-78)

## Castillos en España

¡Castillos de la tierra castellana!  
Esqueletos heroicos de los tiempos feudales,  
que os alzáis en la vida de ahora, pobre y llana,  
lo mismo que románticos fantasmas medioevales.

Yo quisiera tener cual torre de marfil,  
como un nido de sueños, un soberbio castillo;

104. Personaje de *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo (1831).

105. Personaje de *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo (1831).

contra la villanía que odia el verso gentil,  
yo bien quisiera ser señor de horca y cuchillo.

¡Castillos de la blanca princesa Poesía!  
Castillos de los pardos terruños castellanos  
que vieron las Cruzadas contra la morería  
y flamear al viento los pendones cristianos.

Nidal de los altivos comuneros  
que mira frente a frente el Infinito;  
la epopeya gloriosa de los Fueros  
está escrita en estrofas eternas de granito.

Como versos de piedra cantan los señoriales  
castillos, de la Raza, el poema antañón.  
¡Hierro en las armaduras ancestrales,  
hierro en el corazón!

¡Oh castillos de ensueño! ¿Qué bardo no querría  
poseer un castillo y una tersa laguna?  
¡También nuestro señor Don Quijote tenía  
un castillo en la Luna!

¡Un castillo de humo sobre un lago sonoro,  
un alcázar creado por la diosa Quimera,  
para esperar cantando en un esquife de oro  
a que venga la Muerte, como Luis de Baviera!<sup>106</sup>

¡Los castillos de España! ¡Oh la gloria lejana,  
el laurel, el romance y la hidalguía!  
Se alzan como fantasmas sobre la tierra llana,  
sobre la tierra llana seca de poesía.

¡Oh la vulgaridad, oh la vulgaridad  
de este seco y ramplón y angustioso momento!  
Sin alas y sin sueños, el alma de esta edad  
no sabe alzar castillos ni en tierra ni en el viento.

106. Si atendemos a que el poema es una oda a los castillos castellanos, este podría ser Luis II de Baviera (1845-1886), pues durante su reinado planificó los castillos de Neuschwanstein, Herrenchiemsee y Linderhof.

Don Quijote y el Cid duermen eternamente;  
sus gestas milagrosas suenan a cosa extraña;  
el Ensueño y la Gloria son, irónicamente,  
castillos en España...

(*Dietario sentimental*, 1916, pp. 83-85)

### **El viejo caballo**

Filósofo jamelgo viejo, triste y cansado,  
caricatura amarga de Babiéca;  
ya no vas de aventuras por tierras de moriscos,  
ni portas los trofeos a Ximena.<sup>107</sup>

Al flaco Rocinante  
más tu ruin catadura se asemeja;  
pero en tus pobres lomos no cabalga el Ensueño,  
ni sientes la armadura del Cristo a la jineta.

Filosóficamente  
tú sufres las heladas de las noches eternas,  
cuando el invierno muerde, como un lobo famélico,  
y canta un viento lúgubre entre las callejuelas.  
Amarrado al grotesco carricoche,  
filósofo caballo viejo y triste, ¿en qué piensas?

Junto a ti, la canalla,  
melancólicamente, su fracaso pasea:  
mendigos y rufianes y damas de la noche,  
hembras de vida alegre, que es la vida más negra.  
Tú oyes esas canciones que surgen de los quicios,  
y contemplas los pálidos rostros de las rameras,  
y ves niños desnudos y hambrientos mientras duerme  
la gran ciudad dorada y farisea.  
Cuando sientes la angustia, la miseria y la noche,  
dime, viejo caballo espectral, ¿en qué piensas?

Latigazos y hambre,  
en tu armazón grotesca

107. Referencias al caballo del Cid (Babiéca) y a su esposa (Doña Jimena).

igual que sobre todos los dulces, los humildes,  
un destino cruel sobre tu vida pesa.  
Tú fuiste bueno y útil, pero el amo  
tu amor y tu trabajo no recuerda;  
pobre y viejo jamelgo,  
nadie siente el dolor de tu tragicomedia.

Una tarde de oro,  
en una apoteosis de crueldad y fiereza,  
caerás de una cornada,  
como un mártir antiguo, sobre la ardiente arena  
en un triunfo de sol, de sangre y de bravura,  
entre muñecos trágicos vestidos de oro y seda.  
Y tus enormes dientes amarillos  
tendrán, después de muerto, una irónica mueca.

Luego, viejo caballo, irás al Paraíso  
si existe, como es justo, para las pobres bestias.  
Si tu vida fue amarga, tu muerte fue gloriosa;  
todo un pueblo de gala acudió a la palestra  
para verte morir,  
    –Has tenido la suerte  
de nacer en un bravo país de pandereta.

Dime, viejo caballo, al sentir la cornada,  
cuando la gente aúlla de placer, ¿en qué piensas?

(*Dietario sentimental*, 1916, pp. 163-165)

### **La morisca de Valencia**

Los pendones castellanos  
en las mezquitas ondean;  
triunfante, con su mesnada,  
el Cid ha entrado en Valencia.  
La fama del de Vivar  
repiten todas las lenguas:  
que, si es con los hombres duro,  
es galán con las doncellas.

Zoraida, la noble mora,  
 está en lágrimas deshecha:  
 que ella adora a Aliatar  
 y hoy al vencedor la entregan<sup>108</sup>.  
 Que ebria de sangre y victoria  
 reclama la soldadesca  
 tributo de plata y oro  
 para su flaca gaveta,  
 y para barraganía,  
 las más gentiles doncellas.  
 Zoraida solloza en tanto  
 que sus criadas la peinan.  
 –Al caballero cristiano  
 deslumbrará tu belleza.  
 –Se lleva la flor más pura  
 de los huertos de Valencia.  
 –¡Malhaya de mi donaire!  
 ¡Malhaya, que así me lleva  
 al capitán enemigo  
 como una nupcial ofrenda!  
 Como las alas de un cuervo  
 negras son sus largas trenzas;  
 sus ojos, aunque están tristes,  
 son de extremada belleza.  
 Para las trágicas nupcias  
 ya está Zoraida dispuesta,  
 y va llorando hilo a hilo  
 como una dulce cordera.  
 Un hidalgo de Castilla,  
 soñador como un poeta,  
 anda al claro de la luna  
 por las torcidas callejas.  
 Viendo llegar a la moza,  
 galán el paso le deja,  
 y con el puño en la espada  
 pregunta, y ella contesta.

108. La historia de amor entre Zoraida y Aliatar fue relatada en numerosos romances moriscos tradicionales que fueron recogidos, en gran medida, durante el siglo XIX, por, entre otros, Agustín Durán (1834) o Eugenio de Ochoa (1840) y que debieron ser leídos por Carrere. Aliatar fue, también, protagonista de una obra de teatro del Duque de Rivas titulada *Aliatar: tragedia en cinco actos* (1816).

–¿Adónde va la más linda  
de las moras de Valencia?  
–Voy, porque Alá así lo quiso,  
al dolor y la vergüenza,  
que amando al moro Aliatar,  
voy, porque el Cid lo desea,  
a pagar con mis caricias  
los tributos de la guerra.  
–Miente quien dijo que el Cid  
haga fuerza a las doncellas.  
Allá en tierras de Castilla  
me está aguardando Ximena,  
que es la doncella más casta,  
de más preclara belleza.  
Por Ximena y por la cruz  
de mi espada, libre quedas.  
Dile al galán a quien amas  
cómo el Cid tu amor respeta;  
que si es con los hombres bravo  
y es de hierro en la pelea,  
ante una mujer que llora,  
tiene el corazón de cera.  
.....  
Y hasta el umbral de su casa,  
para que nadie la ofenda,  
llevó al Cid como escudero  
la morisca de Valencia.

(Nocturno de otoño, 1920;  
extraído de *El otoño dorado*, 1924, pp. 73-76)

## Zahara

Zahara, la de ojos negros,  
bien digna de ser sultana,  
el zancarrón de Mahoma  
por una hurí te tomara.  
No ocultes tus bellos ojos  
tras de tu velo, Zahara,

que un trovador nazareno  
por ellos vende su alma  
y reniega, si tú quieres,  
de su Dios y de su patria.

Tú tienes en tus pupilas  
las saudades de Granada  
y al cantar los muecines  
su plegaria  
a los huertos granadinos  
y a las fuentes de la Alhambra,  
como en un vuelo de oro  
y azul, se te escapa el alma,  
mientras suspiran tus labios:  
¡Ay, mi perdida Granada!

Zahara, si yo pudiera  
darte tu ciudad sultana  
con todos sus azahares  
y con sus torres doradas,  
sería el digno regalo  
de esta pasión que me mata,  
corona de tu hermosura  
triste y auribronceada.  
Con sus fuentes y sus gnomos  
yo te daría tu Alhambra.

Como en un viejo romance,  
triste y morisca Zahara,  
en la grupa de mi potro  
de tu tribu te robara.

¡Pobre errabunda que cruzas  
los arenales descalza;  
flor de Serrallo, abatida  
por el dolor de la raza;  
inmensa pena de siglos  
que pesa sobre tu alma!

Zahara, la de ojos negros,  
bien digna de ser sultana,  
¡quién pudiera devolverte  
tu Granada!

(*Nocturno de otoño*, 1920,  
extraído de *El otoño dorado*, 1924, pp. 141-144)